

CONTROVERSIA SOBRE LA ENERGÍA NUCLEAR UN RETO A LA ÉTICA CATÓLICA

La discusión sobre la utilización de la energía nuclear se ha agudizado en los últimos tiempos ante el temor, no del todo infundado a la vista de determinados fallos técnicos en alguna central, a sus catastróficas consecuencias. Se trata de un tema que, según el autor, adquiere los tonos de una guerra religiosa, ya que se oponen distintas concepciones del desarrollo histórico-social y del futuro. En el artículo se valoran los argumentos de una y otra parte y se exponen las opiniones de los teólogos y de algunos episcopados, que se han pronunciado sobre la cuestión, centrándose en la conveniencia de situar el debate en un marco más amplio que el de la simple racionalidad del progreso y apuntando algunas de las condiciones que harían, por el momento, nada más que tolerable la instalación de estas industrias.

Kontroverse um Kernenergie. Eine Herausforderung an die katholische ethik, Trierer theologische Zeitschrift, 92 (1983) 105-120

Ante el problema de la utilización o el rechazo de la energía nuclear la sociedad se encuentra en una situación "crítica, en una de esas encrucijadas históricas en las que debe analizar, valorar y decidir qué camino tomar. Por las graves consecuencias que conlleva para el conjunto de la humanidad no se trata de un problema meramente técnico o científico sino de una cuestión moral que hay que situar en un marco de valores donde los argumentos técnicos, económicos y políticos se entrelazan con las razones fundadas en la ética.

La Iglesia, en su constitución pastoral *Gaudium et Spes*, nos enseña a contemplar el mundo moderno como un escenario en el que aparecen notables signos de esperanza y progreso mezclados con pavorosos antagonismos y enfrentamientos destructores. Nunca como en nuestro tiempo el poder del hombre se mostró más contradictorio, nunca urgió tanto una reflexión profunda sobre los fines de sus actos. La utilización de la energía nuclear es uno de los campos en que el creciente dominio del hombre sobre la naturaleza se hace más patente y, a la vez, más amenazador.

LA COMPLEJIDAD DEL DEBATE

Entre temores fundados y angustias paralizantes

La complejidad del debate sobre la energía nuclear se muestra en que tanto partidarios como opositores esgrimen el argumento de la defensa de la vida y el temor a una catástrofe que las dos partes quieren evitar. Mientras que a los contrarios a su utilización les preocupan los riesgos que puedan derivarse de la misma, sus defensores creen que se seguirían graves perjuicios económicos y sociales caso de prescindir y sociales caso de prescindir de sus aplicaciones.

Por otra parte la magnitud y sofisticación tecnológica de estas empresas hace que aparezcan como ingenios impenetrables, poco "transparentes", e induzcan una angustia suplementaria. Este fenómeno no ocurre únicamente con la energía nuclear. Ante los viajes al espacio, o ante los impresionantes avances de la informática, el hombre

experimente un temor semejante y se pregunta angustiado si no está traspasando las fronteras del mandato de Dios de dominar la tierra. La especialización ha progresado tanto que hoy incluso el intelectual pierde de vista la meta y el sentido del conjunto. Se trata de una angustia ancestral o pánico ante los poderes de la técnica. Se tiene también miedo de que al decidirse en favor de la energía nuclear quede fijado demasiado rápidamente para el futuro un modo determinado de obtener energía.

El hombre siente también angustia cuando se da cuenta de los peligros que le acechan. Desde hace años existe lo que podríamos llamar "filosofía de la seguridad que investiga el fenómeno de la seguridad y ayuda a tomar decisiones sobre medidas protectoras en favor de las personas y de los objetos. Se analizan y clasifican los peligros y riesgos según sus distintos momentos y probabilidades, así como el grado de inseguridad existente. La magnitud de un riesgo técnico depende de dos factores: de la probabilidad de que acontezca el daño y de la magnitud del mismo. Un peligro auténtico se da cuando la probabilidad y la magnitud de los daños que se temen superan un riesgo razonable. El problema está en trazar la línea divisoria que separa un riesgo tolerable de un peligro realmente inaceptable. El índice de seguridad, expresado matemáticamente, vendría dado por la relación R_t/R_e , donde R_t es el riesgo tolerable y R_e el realmente existente. Si el cociente es 1 expresa el equilibrio entre ambas variables, cuando el riesgo existente fuera menor que el tolerable tendríamos un cociente o índice de seguridad mayor que 1, y viceversa. Pues bien, según el informe Rasmussen, que goza de una amplia aceptación, el peligro que ocasionan las centrales nucleares es en un notable tanto por ciento menor que el que pueden producir las catástrofes naturales. El riesgo habría que calcularlo teniendo en cuenta también la extensión y número de personas a las que afectaría por vivir cerca del reactor, así como el grado de peligro que implica el objeto mismo. En todo caso hay **que** encontrar un compromiso entre las necesidades técnicas que exige la seguridad y las necesidades económicas. Pero en caso de duda, el primado lo ha de tener la seguridad.

De lo que hemos dicho hasta ahora se desprende que el problema radica en encontrar el punto de equilibrio entre necesidad y seguridad. A este respecto conviene observar que la seguridad plena y absoluta es imposible ya que nuestro dominio de la naturaleza y de las cosas es limitado. El conocimiento científico opera por sucesivos y progresivos acercamientos, sujetos siempre a un margen de error que, al detectarse, posibilita un nuevo paso hacia adelante. La esencia del conocimiento científico es ser limitado y estar sujeto a error, por lo que siempre tiene que haber un margen de riesgo en todo avance técnico. Podríamos decir que el riesgo forma parte de la vida humana y coexistente con la vida cotidiana, entre los vuelos, viajes, aparatos de televisión, rayos X, etc. Sería, pues, absurdo exigir que la utilización de la energía nuclear ofreciera una total seguridad. Ciertamente en las controversias serias sobre el tema no se discute sobre este *desideratum* imposible sino sobre si el grado de seguridad alcanzado se estima aceptable o no y, lo que es más importante, sobre las consecuencias irreparables que produciría un accidente.

Un tema que no puede ser debatido fríamente

La polémica se complica porque a los elementos citados, que atañen directamente al problema, se añaden otros de no menor peso que lo enmarcan. En primer lugar hay que citar las distintas concepciones que se tienen del mundo y de la vida. Partidarios y

contrarios a la utilización de la energía nuclear, unos y otros, parten de proyectos históricos y existenciales distintos. De acuerdo con ellos conciben diversa y aun opuestamente las posibilidades del futuro y establecen su escala de valores. En ese marco previo sitúan la cuestión de la aceptación o rechazo de las centrales nucleares. En ese sentido, se ha llegado a hablar de una "guerra de religión" nuclear ya que se oponen concepciones del mundo o discursos ideológicos que se justifican o rechazan globalmente y que van más allá del problema de la seguridad. Bajo estos presupuestos es difícil que las partes lleguen a convencerse mutuamente.

Otra dificultad para llegar a un adecuado esclarecimiento proviene de las deficiencias de información y de la casi insoluble contradicción que se plantea en este campo. Por una parte no cabe duda que nos encontramos ante una decisión que concierne a todos los ciudadanos, ya que todos nos podemos ver afectados por sus consecuencias; en este sentido todos deberíamos tener una información suficiente para decidir con conocimiento de causa. Por otra parte se trata de un tema en el que la complejidad científico-técnica tiende a encerrarlo en el círculo de los especialistas. El ciudadano corriente, el hombre de la calle, no tiene más información que la prensa y se siente zarandeado por los mensajes eufóricos de los partidarios, que aseguran no haber peligro alguno, y por las manifestaciones alarmistas y catastrofistas de sus oponentes. Entre las enigmáticas explicaciones científicas, que oscurecen y hacen inabordable el problema al ciudadano medio, y las simplificaciones periodísticas que lo reducen en extremo, debería encontrarse el término justo de la información clara y objetiva. A este respecto conviene advertir que incluso los especialistas, dada la compartimentación de la ciencia, tienen visiones bastantes sesgadas de los problemas. Por otro lado, la autoridad de dichos especialistas está hoy en crisis, pero parecen parciales en sus juicios. En el fondo, no se trata de un problema técnico sino humano. En esta dirección apuntan las orientaciones de la Iglesia que vamos a ver a continuación.

LÍNEAS ORIENTADORAS

Primado de la ética sobre la técnica

Juan Pablo II nos previene, en su encíclica *Redemptor hominis*, de los espejismos de la técnica. El hombre no debe hacer todo lo que puede hacer, han manifestado los obispos alemanes en la conferencia de Fulda, de 1980, y recientemente los de USA. Los científicos y técnicos deben reconocer sus límites y la discusión sobre la energía nuclear ha de situarse en un horizonte ético. Ciertamente la buena voluntad moral no basta para opinar con fundamentos sobre tan complejas cuestiones y se requiere estar suficientemente informado. Pero sólo los conocimientos técnicos no bastan para tomar decisiones de tanta gravedad.

El primado de la ética se hace necesario también porque la técnica tiende a desarrollarse automáticamente y debe ser controlada. La técnica tiene una función emancipatoria: debe servir para liberar al hombre de la necesidad y no convertirse en un fin en sí mismo. El primado de la ética nos hace cautos ante el deslumbrador entusiasmo del progreso. Porque no todo lo que es posible técnicamente es de interés para la industria y rentable económicamente, está ya por ello justificado. La técnica se ha convertido, para muchos, en el sustitutivo de la religión a la que se confía la salvación del hombre en la tierra. Juan Pablo II nos ha advertido en repetidas ocasiones de los peligros de esta

tentación prometeica. La potencia tecnológica del moderno mundo industrial ha llevado al hombre a un dominio casi absoluto sobre la naturaleza. Pero el hombre no domina su propio poder. Muchos años antes de que hubiéramos llegado a una situación crítica, Novalis escribió: "Cuando los hombres se proponen dar un paso, un solo paso hacia adelante, para dominar la naturaleza mediante la técnica, deberían antes haber dado tres pasos hacia su interior para profundizar en la ética. Ya Guardini acentuaba que el optimismo del progreso no es cristiano, pues éste debe tener siempre presente el peligro de utilizar la libertad para el mal. Por ello la humanidad que quiere dominar su poder tecnológico debe apropiarse de las siguientes virtudes: 1) tomar en serio la verdad; 2) fortaleza para superar los peligros; 3) ánimo para poder ser dueños de nosotros mismos y de nuestro poder.

Solidaridad con las generaciones futuras

"No sabemos lo que (a largo plazo) estamos produciendo en la atmósfera". Con estas lacónicas, pero preocupantes, palabras el director del Instituto alemán de meteorología nos recuerda la crítica situación a que nos puede llevar la utilización de la energía nuclear. Las instalaciones plantean el gravísimo problema de los residuos y del lugar y forma en que hay que desembarazarse de ellos. Un defensor de su utilización, el profesor Weizsäcker, reconoce que los daños podrían llegar a ser irreparables aunque afirma que la combustión de determinados gases, como el dióxido de carbono, es tan perjudicial o más que la de los reactores nucleares. Lo que parece innegable es que el equilibrio ecológico se va sobrecargado en tal medida que en el futuro será imposible recomponerlo.

Esto nos obliga a pensar que, si tenemos un destino común y solidario con las generaciones futuras, somos responsables de la herencia que les legamos. El filósofo católico R. Spaeman ha escrito que no tenemos ningún derecho a introducir en el planeta las fuentes de futuros y gravísimos peligros. Las generaciones futuras han de tener la posibilidad de borrar nuestras huellas. Spaemann se pronuncia en contra de la utilización de la energía nuclear basándose en que nuestros descendientes no podrán cambiar las consecuencias que se habrán seguido de nuestra decisión. En sentido parecido se ha manifestado la Academia Social católica de Austria (KSO); las generaciones venideras quedarán atrapadas por nuestras decisiones y no tendrán la oportunidad de modificarlas. Nuestro deber es dejarles un futuro abierto en el que tengan la posibilidad de construir una vida feliz.

Parecidas consideraciones aparecen también en documentos oficiales de la Iglesia, aunque algo matizadas. El episcopado alemán afirma que sería irresponsable gravar las condiciones de vida y la libertad de nuestros descendientes con hipotecas insoportables. Al mismo tiempo señala que este peligro no hay que atribuirlo únicamente a la energía nuclear sino también a otras formas de destrucción de la naturaleza y de la vida. Sus afirmaciones se resumen en estos tres puntos:

1) No es lícito el empleo de un tipo de energía de las que se pueda desprender un peligro serio para la vida de la humanidad, ya sea por imprevisibles accidentes, ya por sus efectos. No hay razón que justifique excepciones a esta regla.

2) Ni siquiera la "lucha contra el desempleo" puede dispensar de la norma citada.

3) No hay que cerrarse de una manera simplista a la utilización de la energía nuclear, pero la discusión sobre la misma debe hacerse en el marco más amplio de la posibilidad de energías alternativas pues, de lo contrario, queda bloqueado el ámbito de las decisiones de las futuras generaciones.

El cardenal Höffner, presidente de la conferencia episcopal alemana, es aún más contundente afirmando que el aumento del poder de la técnica se ha convertido en un aumento de nuevas posibilidades de muerte. El almacenamiento de residuos atómicos prolonga su amenaza; como es sabido, alrededor de 20.000 años y, según Höffner, mientras no exista una absoluta seguridad en su control no vale el argumento de que la renuncia a la energía atómica causaría perjuicios económicos y sociales a los países industrializados o a los del tercer mundo.

Ascética del consumo

La libertad solamente puede alcanzarse al precio del renunciamiento y de la ascesis. En este caso significa que se renuncia voluntariamente a un cierto nivel de consumo para poder alcanzar bienes que se considera de más alto valor. Es preciso, según este punto de vista, renunciar a necesidades energéticas aunque ello suponga un sacrificio de determinados standards de vida a los que estamos habituados. Los enemigos de la energía nuclear dan, como es natural, a este aspecto mucha importancia y no cabe duda de que en cualquier caso, merece ser tenido en cuenta ya que la naturaleza no es inagotable y un programa de austeridad nos permitiría reflexionar serenamente sobre el camino que llevamos y detenernos a tiempo.

Función ético-económica de las virtudes cardinales

La prudencia es aquella forma de sabiduría que fija su atención en el conjunto y atiende a su complejidad. En el caso que nos ocupa el prudente mira hacia el final, más allá de las premuras del día, obra cuidadosamente, sopesa las consecuencias de sus actos de manera que el objetivo último, la conservación de la vida sobre el planeta, quede asegurada.

La virtud de la justicia entra en juego como exigencia de legar a las generaciones futuras un mundo habitable.

La fortaleza se requiere porque el hombre debe poner un muro de contención a su afán dilapidador en un mundo incitado constantemente al consumo. El cristiano tiene que dar ejemplo de que no aspira siempre y a cualquier precio a mejorar su nivel de vida. A la fortaleza va unida la paciencia que hace a las personas capaces de mantenerse firmes en situaciones difíciles. A este respecto hay que reconocer que la fortaleza puede tener una relación positiva o favorable al mantenimiento de la energía nuclear en la medida en que, como dicen los obispos alemanes, nos enseña que ninguna situación histórica puede excluir o queda inmune de determinados riesgos. El coraje es ambivalente y cabe requerirlo para sostener las duras y graves consecuencias que comporta la negativa a continuar por la vía de la utilización de la energía nuclear como para afrontar los riesgos de la misma. Pero en cualquier caso es necesario el valor cuando las decisiones que se considera racional y éticamente recomendables, son difíciles de afrontar.

Por último citemos la virtud de la templanza y su significado eco-ético. La templanza y la moderación recuerdan al hombre que no es posible disfrutar desenfrenadamente de un inexistente cuerno de la abundancia. La posición de los obispos exigiendo austeridad a los cristianos del primer mundo es expresa y tajante. El mundo desarrollado tiene que ir aprendiendo a renunciar a posibilidades de bienestar, prestigio y comodidad que alcanza a costa del agotamiento de la naturaleza y del empobrecimiento del resto de los países, y ensayar a vivir de otra manera.

POSICIONES

¿A favor o en contra de la energía nuclear?

A la hora de tomar posiciones nos encontramos con que las esperadas ventajas aparecen contrapuestas a las temidas desventajas. No es extraño que, al sopesarlas y valorarlas personas de reconocido prestigio lleguen a conclusiones diversas. Las resumiremos en tres modelos:

a) *modelo afirmativo*: a la vista de las crecientes necesidades y del agotamiento progresivo de las reservas naturales de energía, el empleo de la energía nuclear es inevitable e imprescindible. Los partidos de esta opción estiman que los riesgos son mínimos y confían en que las generaciones futuras tendrán el mismo cuidado y responsabilidad y las mismas, o aún mayores, posibilidades de controlarlos.

A esto cabe responder críticamente que la inevitabilidad de su empleo y la minimización de los riesgos son valoraciones subjetivas y que éstos, de cara al futuro, aumentan en proporciones difícilmente dominables. En todo caso habría que tener en cuenta dos normas fundamentales. Primera, que el tomar en cuenta la posibilidad de un mal cuando éste resulta imprescindible para obtener un fin bueno sólo está justificado si las consecuencias no deseables que podrían seguirse de ello fueran de menor entidad o gravedad que las que se seguirían en caso de omitir la acción. Y segunda, que esta valoración se hiciese, en caso de que las circunstancias fueran las mismas, atendiendo al mayor número de personas afectadas y no pensando en minorías privilegiadas. Como argumento en favor de la utilización de la energía atómica se menciona también que sólo con ella se puede ayudar al Tercer Mundo.

b) *modelo negativo*. los que se oponen a la aceptación argumentan que ésta supone encadenarse a una opción que limita la búsqueda de energías alternativas, más apropiadas para resolver los problemas que tenemos planteados. Decir sí a la energía nuclear, significa cerrar el futuro; decir no, es mantenerlo abierto.

A esto cabe oponer algunas observaciones críticas. Cada época, con sus innovaciones técnicas, crea una nueva realidad con la que las siguientes generaciones tienen que cargar y esto no ocurre ahora por primera vez con la energía nuclear. Toda decisión es una determinación y, en este sentido, el futuro está precisamente determinado o decidido por el pasado. La pretensión de mantenerlo abierto es ilusoria. Sin embargo esta objeción contra la energía nuclear adquiere un innegable peso en la medida en que los condicionamientos que lleve consigo superan lo razonable.

c) *modelo neutral*. los obispos de USA en sus "Reflexiones sobre la energía nuclear", de 1981, y los obispos alemanes en su reunión de Fulda, de 1980, evitaron pronunciarse a favor o en contra estimando que hay muchas cuestiones de carácter científico o técnico que no son de su competencia y que todavía quedan por aclarar. Por esto mismo advertían en contra de que se dé unilateralmente un trato preferencial a la energía nuclear y sobre el peligro de precipitarse en tomar decisiones antes de que exista una fundada y seria probabilidad de evitar graves y dañosas consecuencias.

Teniendo en cuenta el tono del documento de los obispos alemanes y complementándolo con las afirmaciones de la encíclica *Redemptio hominis* se explicita una actitud moral de escepticismo respecto a la energía nuclear. Los obispos no comparten la valoración optimista sobre la racionalidad de la ciencia y sobre la seguridad de la técnica. Se pronuncian claramente contra la "fijación nuclear que se empeñase rígidamente de un modo que fuera irrevocable, por el camino de la energía nuclear, contra el economicismo que sobrevalora los bienes materiales; contra el fetichismo económico que da casi culto a la idea del crecimiento económico; contra la obsesión del consumo que exige un desarrollo sin límites; contra el afán de prestigio nacional que pone por encima de todo la primacía tecnológica sobre los demás países.

Sin embargo esta postura negativa, o al menos distanciada y cautiva, no supone un veto al definitivo a la utilización de la energía nuclear. Los obispos evitan caer en una especie de demonización del avance técnico y en una idealización de las posibilidades de vivir en completa seguridad y sin ningún peligro sobre la tierra. El camino queda abierto con las condiciones repetidamente citadas sobre las garantías de seguridad, con la exigencia de que sea un bien necesario para que el conjunto de la humanidad pueda llevar una vida más digna, y con la negativa a valorar el problema en términos de pura y simple rentabilidad.

CONCLUSIÓN: UNA VALORACIÓN RESTRICTIVA

A la vista de los distintos pronunciamientos de la jerarquía católica y de las opiniones de los teólogos, mi opinión personal es que el empleo de la energía nuclear debe ser una *ultima ratio*, es decir, el último recurso al que la humanidad tiene que acudir cuando todos los demás se hayan agotado y sea estrictamente imprescindible. El planteamiento de *ultima ratio* no sólo nos previene ante la euforia nuclear y el triunfalismo tecnológico sino que nos evita opciones precipitadas, nacidas de la impaciencia, y nos obliga a seguir buscando alternativas diversificadas.

Por consiguiente mi postura se resumiría en una "aceptación moderada" y una "tolerancia subsidiaria". Aceptación moderada porque, a mi juicio, no cabe un sí generalizado al empleo de la energía nuclear sino tan sólo bajo ciertas circunstancias y condiciones entre las que se cuenta, aparte de la seguridad, el que tenga una función subsidiaria, sustitutiva y provisional. Por lo mismo creo que no sería correcta una oposición cerrada, por principio, y global, ya que nos encontramos frente a algo que no es malo en sí mismo, como la mentira, el robo o el asesinato. No podemos "demonizar" algo que es rechazable por sus consecuencias o falta de garantías pero que podría superar el estado en que ahora se encuentra y ser plenamente aceptable.

De lo que se trata es de ponderar los argumentos de una y otra parte, ya que invalidarlos no parece posible. Cualquier decisión, en favor o en contra, cuenta con razones de peso. Al menos, si nos mantenemos abiertos, seremos capaces de revisarla cuando se nos presenten nuevos datos. Es más, tenemos el deber moral de poner a prueba nuestra decisión confrontando sus resultados y cambiándola si es necesario. Para tomar decisiones nos tendremos que fiar de los expertos, aunque en la aceptación o rechazo de sus argumentos influyan una serie de imponderables, preferencias y antipatías por nuestra parte. Como hemos apuntado, detrás de cada opción hay una concepción del mundo, un proyecto distinto que le da consistencia. El problema sigue estando en la pregunta de fondo: la qué carta apostar, con qué proyecto de futuro comprometerse, qué modelo de sociedad debemos construir? Hoy no contamos con suficientes elementos para responderla de una forma tajante. Hay que ir examinando continuamente si por medio de las nuevas técnicas no se pueden conseguir, con condiciones más favorables, las mismas ventajas que por medio de los reactores atómicos.

Tradujo y condensó: RAMIRO REIG